



ANASTASIO OCHOA.

— J. DE H. IRIARTE, MEXICO.

ANASTASIO DE OCHOA Y ACUÑA.

Unos pocos de versos hacen pasar un poeta á la posteridad; inmortaliza con ellos su siglo, y recomienda á los venideros la memoria del héroe que se dignó cantar con su lira.

CHATEAUBRIAND.

DIGNO, muy digno es el poeta Anastasio de Ochoa y Acuña de ocupar unas cuantas páginas de este útil libro; y digno es mas que muchos de que su nombre sea venerado.

El poeta, criatura errante, apóstol proserito, sér que no es estimado porque no es comprendido, depósito del fluido divino, alma sin cuerpo, vive, y vive solo para marcar lo bello; para indicar y tocar el infinito; su mision es de paz, su escala de martirios, su premio la gloria. El poeta, siempre amigo de la virtud y padre de la desgracia, corre en busca de víctimas á quien consolar, ofrece el bálsamo de su palabra, cura dando

su vida, y huye sin esperar la recompensa. Siempre bueno, siempre leal, nunca egoísta, nunca destructor, va por el mundo pobre, satisfecho de su buen obrar; su conciencia es un espejo que no consiente mancha; su alma, consentida de su Criador, todo lo abarca para difundirlo todo. La vida del poeta es la muerte del hombre; su peregrinación es el paso á la inmortalidad.

El guerrero mata para alcanzar renombre; el poeta enseña á vivir para ocupar su alto puesto. La corona del guerrero siempre está teñida con sangre; los lauros del poeta no guardan mas que ternura, bondad, elevación, sentimiento, y unidos la gloria, su corona es mas pobre, pero mas digna; su nombre quizá mas oscuro, pero glorificado.

Leónidas frente á Homero es el hombre, Homero ante Leónidas es el cielo. El poeta es el brazo potente, pero santo, de la divinidad; el guerrero el representante armado de la humanidad contra la humanidad. El uno es la luz, el otro la muerte ¡Salud al poeta!

Vida de Ochoa.

Nació el poeta en el pueblo de Huichapan, departamento de México, el 27 de Abril de 1783, hijo de D. Ignacio Alejandro de Ochoa y de D.^a Ursula Sotero de Acuña, españoles. Nada notable hay que señalar en los primeros años de su vida, sino que á fines del siglo pasado comenzó los estudios de latinidad en un establecimiento particular que en la capital dirigió D. Juan Picazo, y en cuyo curso alcanzó el primer lugar, después de un exámen en que probó su grande inteligencia y el profundo conocimiento que de todos los clásicos latinos tenía, ya con traducciones en prosa y verso de Salustio y de Tácito, ya presentando verbalmente en castellano las obras de Virgilio, Horacio, Ovidio, Juvenal y Marcial. Terminando este estudio pasó á San Ildefonso á cursar filosofía. En esta época los recursos de Ochoa eran tan pocos para cubrir las necesidades de la vida, que se vió obligado á pedir una beca

de gracia, la cual le fué concedida en el acto por unanimidad de los catedráticos, atendiendo estos á sus grandes cualidades. Mucho se distinguió Ochoa en este estudio, al grado que obtuvo dos actos públicos y el primer puesto entre sus compañeros.

Después del curso de filosofía que con tanto talento siguió, pasó al estudio de cánones en la entonces *real y pontificia* Universidad, desempeñando á la vez el destino de *maestro de aposentos* en el ya indicado estudio del Sr. Picazo, esto por el año de 1803. Por este tiempo el Sr. Picazo fué nombrado rector del colegio de San Juan de Letran, y Ochoa se quedó sin la colocación por haber cerrádose el establecimiento dicho, quedando reducido nuestro poeta, como él dice: "á servir con la pluma en el Juzgado de capellanías del Arzobispado y en otros destinos semejantes, sin abandonar por eso el estudio y aplicación á la literatura, como lo prueba el haber adquirido en ese tiempo sin auxilio de maestros y solo en virtud de una constante aplicación, la inteligencia de los idiomas francés, italiano, portugués y gran parte del inglés, sin olvidarme entre tanto del estudio de la mas pura latinidad y gramática de nuestro castellano."

Jamás abandonó Ochoa los libros; en sus pesares, en sus miserias, buscaba siempre el consuelo y la calma en sus obras consentidas, especialmente en Quevedo, Góngora, Baltasar de Alcaraz, Iglesias y otros autores de gran utilidad. El estudio era su mas bella distracción, su único encanto, por lo que consiguió conocer muy á fondo á todos los poetas italianos, franceses, y muchos ingleses. La adversidad habia templado su corazón de tal manera, que vivia solo, conociendo á la sociedad de lejos; y encontrándose sin compromisos, clavó en el seno de ella el punzante aguijón de su sátira, comenzando á publicar sus versos el 17 de Mayo de 1806 en el *Diario de México*, periódico de aquella época.

Por los años de 1810 ó 1811 entró Ochoa á la *Arcadía Mexicana*, y en esa sociedad literaria fué altamente estimado. Siguió publicando en el mencionado *Diario* varias produccio-

nes de mérito, ya originales, ya versiones tanto del francés de Boileau, como del italiano del Petrarca, firmando sus escritos muchas veces con el seudónimo de *Pastor Antimio*. Por ese mismo tiempo se representó en el Teatro Principal una tragedia intitulada *Don Alfonso*, puesta en verso por Ochoa, y de la cual dice el Sr. D. Ramon I. Alcaraz: "Tragedia que he leído original últimamente, y que me parece que á tal cual interés dramático reúne una versificación y un estilo dulces, elegantes." (1)

Cansado Ochoa del egoismo de sus contemporáneos, mas que guiado por sus propias inclinaciones, decidió ordenarse, para lo cual entró al Seminario conciliar de la capital, obteniendo beca de gracia. Se dedicó con todo empeño al estudio de la teología moral, hasta ordenarse de presbítero en el mes de Diciembre de 1816, á los 34 años de su edad. A principios de 1817 partió á encargarse del curato de la Divina Pastora de Querétaro, por la muerte de su padre, acontecimiento que lo llenó de pesar; permaneciendo en aquel encargo solo un mes. Poco despues fué nombrado cura interino del Pueblito en el mismo Querétaro, de donde al año, pasó á desempeñar ese cargo á la parroquia del Espíritu Santo en la propia ciudad, disfrutándolo en propiedad desde 1820 hasta 1827.

Modelo es la conducta de Ochoa en el desempeño de su delicado ministerio. Doy lugar á lo que el Sr. Alcaraz dice á este respecto: (2) vivía "entregado completamente como lo habia estado en los demas, al puntual desempeño de las funciones de su ministerio, procurando la instruccion por todos los medios posibles, especialmente á los indios, aliviando sus necesidades y sus miserias, y procurándoles en fin, todos los consuelos, así espirituales como temporales, que el espíritu de su mision y su propia caridad le inspiraban."

Jamas dejó Ochoa, lo repito, sus estudios literarios, pues

(1) Biografía de Ochoa, *Liceo*, pág. 8 del tomo I.

(2) *Liceo* página 9.

aunque llenaba debidamente su encargo eclesiástico, siempre dejaba tiempo para ocuparse de ellos.

A fines del año 1827 abandonó á Querétaro, porque el clima de aquella ciudad habia quebrantado su salud de una manera dolorosa, y se trasladó á esta capital, en donde entregado á sus estudios meramente literarios, permaneció viviendo honestamente, casi ignorado, hasta el año 1833 en que murió, víctima de la terrible epidemia el *cólera morbus*.

Ochoa escribió además de sus versos, de que hablaré adelante: para el teatro dos comedias, *El amor por apoderado*, *La Huérfana de Tlalnepantla*, y una tragedia intitulada *Don Alfonso*, de la que ya hice mencion. Una novela de costumbres nacionales, de la que ni el nombre ha llegado á nosotros. *Cartas de Odalmira y Elisandro*, que tambien se han perdido. Un sinnúmero de traducciones del latin, francés ó italiano, entre las que se cuentan las de *Las Heroidas de Ovidio*, manuscritas, y el *Telémaco*, que nuestro ilustre compatriota se tomó el infructuoso trabajo de verter en octavas castellanas. Estos manuscritos han corrido la suerte de los anteriores, es decir, se han perdido, aunque hasta hace pocos años paraban en poder de D. Antonio Rodriguez Galvan. Colaboró Ochoa en la traduccion de la Biblia de Vence, que se publicó en México por aquella época. Muy afecto Ochoa á las traducciones, hizo la de *El Bayaceto*, de Racine, *La Virginia*, de Alfieri, *La Penélope*, de Friz, y *La Eugenia*, de Beaumarchais, obra perfectamente arreglada al teatro de México. Teniendo gran empeño por fundar dicho teatro, publicó por el año de 1830 lo siguiente: "Tiempo es ya de que en nuestro teatro se vean representadas algunas costumbres nacionales. El escritor que presente piezas dramáticas con esta circunstancia, si logra agrandar con ellas, merece alguna recompensa, y en su derecho á ella nó lo juzgo inferior á un segundo galan. Verificándose esto, se consigue al mismo tiempo proteger en algun modo las buenas letras, y principiar un repertorio de comedias mexicanas."

"El ciudadano mexicano Anastasio Ochoa ofrece presentar

una comedia cada mes, en varias de las cuales habrá costumbres nacionales y será la escena en nuestro país, con la condicion, para no gravar á la empresa, de que la pieza que no agrade al público no se le premie, y por consiguiente no se le abone el honorario correspondiente á aquel mes.”

“Con estas condiciones, y otras de poca importancia que expresará.....

Versos de Ochoa.

Como el encargo que he recibido es el de formar la biografía de Ochoa, y no la de hacer el juicio escrupuloso de sus obras, paso á presentar varios modelos suyos, aunque para ello es preciso atacar á personas muy respetables, puesto que ellas, encargadas de juzgar al poeta, no han cumplido perfectamente con su deber, á saber: marcar, luciendo las bellezas, y reprobar, probando los defectos.

Por una parte (1) se ha dicho que Ochoa era un poeta original, y por otra (2) quiérese probar que este poeta no tenia ningun mérito, aunque á poco se opina en contrario. Creo por mi parte, que el primer juicio nace únicamente de un exagerado patriotismo, si no de una absoluta ignorancia en literatura española, en donde se encuentra todo lo que Ochoa dijo, aunque en distinta forma, producto de ingenios anteriores á él. En cuanto al segundo no sé qué decir, pues las opiniones de su autor, unidas á su colosal instruccion, me contienen á aventurar un juicio que seria del todo errado. En este juicio cree el autor que la musa Erato no inspiraba á Ochoa, esto al juzgar las odas anacreónticas y las letrillas; mas al tocar los sonetos dice: “No obstante las dificultades del soneto, Ochoa logró escribir algunos del género serio, que pueden considerarse como medianos, y varios jocosos que pueden colocarse al lado de los mejores de su clase. Se pone desde luego un ejemplo. En dicho juicio se critica á Ochoa el que em-

(1) Alcaraz, *Liceo* pág. 9 del tomo 1º

(2) Pimentel Bª y Cª *Renacimiento* 67 á 72.

pleara la palabra *zopilote*, por no ser castellana, y en una letrilla jocosa la voz *monadas*, por ser demasiado familiar. Tambien se le censura el que dijera que un perro podia llorar, asegurándose que los cuadrúpedos *no lloran*; esto, sin recordar que el venado, el cordero, etc., lloran como el hombre cuando sufren, y sobre todo, que fisiológicamente se puede probar este desahogo natural, lo mismo en el bruto que en el sér racional. Sin embargo, se juzga despues que el poeta era correcto en el lenguaje. Con mucho acierto se critica á Ochoa en otros diversos casos de los que he señalado, como son: la poca originalidad en sus composiciones, la abundancia ó reunion de monosílabos, defecto que aun en prosa es imperdonable, comparaciones triviales y un descuido absoluto en adjetivos.

El defecto de la no originalidad nó solo Ochoa lo tiene en sus obras, sino casi todos nuestros poetas, por desgracia. Sor Juana, Navarrete, Sartorio, etc., no han hecho mas que imitar, no por falta de génio, sino por vicio, á los poetas españoles, eso sí, á los buenos.

Las primeras composiciones de Ochoa adolecen de la falta de gramática, esto á causa de que el buen hablar no fué el principal legado de los conquistadores. Pocos años despues de la independencia comenzó á circular en México un tratado de prosodia castellana, desconocida hasta entonces, y Ochoa desde luego se sujetó á él, enmendando sus antiguos errores y procurando evitarlos en lo de adelante. Esta obrita de D. José Sicilia ocasionó una revolucion literaria, de la que fué principal campeon nuestro poeta, sosteniendo las reglas contenidas en aquel libro.

En 1820 apareció en México, impresa en Nueva-York, la coleccion completa de las poesías de Ochoa. Dicha coleccion, dividida en dos tomos, contiene: en el primero, sus anacreónticas, sus odas amorosas y patrióticas, sonetos del propio género, traducciones de Horacio, Ovidio, Bertin, Petrarca, etc., todo sobre asuntos sérios y filosóficos, en los cuales no tiene gran mérito. El tomo segundo, que dedicó tan solc á la sátira

epigramática, es el digno de atención, pues el carácter del poeta y su inspiración, lo colocan al lado de lo mejor de este difícil género. Facilidad y elasticidad en la versificación, aticismo en las ideas, fino á la par que burlesco en la crítica, todo marca al poeta popular que, pintando con gracia las costumbres, desnuda á una sociedad ridícula y pretenciosa,hiriéndola con talento para no fastidiarla, y agradándola con sus propios defectos.

Este fué el género que Ochoa cultivó perfectamente, no que inventó, como han creído muchos; en él sobresalió de todos nuestros poetas, y nada más, pues como dice muy bien el Sr. Pimentel: "Poeta significa *creador*, no *imitador*. Pero crear quiere decir: *sacar de la nada*, y esto no es dado sino á Dios."

Ochoa fué un poeta, mejor dicho, lo es, puesto que la idea, que es la que lo constituye, no muere; un poeta inspirado que consiguió immortalizarse. Insertaré, para concluir, varias de sus producciones escogidas, y de las que los lectores podrán juzgar imparcialmente.

SERIAS.

DE EL AGUA.

Sentado aquí á la sombra
De este sabino adusto,
Quiero evitar de Febo
Los rayos importunos.

Sus llamas reverberan
En el éter profundo,
Y abrasan penetrantes
Todo este valle inculto.

Sediento y caluroso
Me siento al fuerte impulso.
De sus fuegos, y el fresco
En esta sombra busco.

La sed apagar quiero;
Muchacho, dame al punto
Un trasparente vaso
De cristal limpio y puro.

El rico comerciante
Beba, entregado al lujo,
En copa de oro el vino
Que le dieran sus lucros;

Que á mí de esta fontana
Me convida el murmullo,
Y su frescor provoca
Al paladar enjuto.

¡Cuán cristalina brota!
¡Y cuán ledo es su curso,
Regando el pié del tronco
Do nace su conducto!

La trepadora yedra
En graciosos dibujos
¡Cuál sube por las abras
Del sabino caduco!

Hasta las duras piedras,
Chupando el almo jugo,
Se visten y engalanan
De hermoso verde musgo.

Todo aquí se sonrío,
Toda publica el gusto
Que tú doquier derramas,
¡Oh don del Criador Sumo!

Muchacho, dame el agua;
Dámela, que te juro . . .
¿Mas qué nuevo prodigio
En el vaso descubro?

¡Cómo despide luces
Que penetran lo oculto,
Disipando las sombras
Del enramado oscuro!

Es un rayo de Febo
Que introducirse pudo,
Y traspasa brillando
El agua y cristal junto.

¡Cuál brillan mil colores
De oro entre los reflujos,
Muy mas que los de Iris,
Mensajero de Juno!

¡Oh don del alto cielo!
Tu soberano influjo
Vivifica y recrea
Doquiera al ancho mundo.

¡Ven, y mi sed apaga;
Ven, y que tu almo jugo
Nunca en su anhelo deje
Al paladar enjuto!

A SILVIA.

Desde que te vido,
Linda zagala,
Tu gracia y gala
Me cautivó.
Las que despide
Flechas tu vista,
Otro resista,
No lo haré yo.

Que el ciego niño,
Si hay resistencia,
Con mas violencia
Clava el arpon.

Mas si hay cariño
Sin amarguras,
Da mil dulzuras
Al corazon.

Mientras respire
He de servirte,
Y he de seguirte
Cual girasol.
Y antes que espire
Mi amor sincero,
Verás primero
Sin luz al sol.

LA RESOLUCION.

Yo fuí jóven y amé. ¡Vanos anhelos!
Pues buscando placeres y dulzura,
Hallé tan solo do esperé ventura,
Sustos, temores, ansias y desvelos.

Quise á Silvia, probé mil desconsuelos;
Amé á Lesbia, llenéme de amargura;
Adoré á Clori, ví mi desventura;
Idolatré á Dorisa, y tuve celos.

Supé ¡con qué dolor! que entre aficciones
Para dar muerte tiene el pecho humano
Vileza, ingratitud, dolo, traiciones.

Yo te detesto en fin, amor insano;
Lleva, lleva á otra parte tus arpones,
Y huye lejos de mí, númen tirano.

Como se verá, no fué del todo feliz Ochoa en este género,
pues si bien hay en estas composiciones sobrada facilidad, se
nota cierta languidez que cansa y una vulgaridad extremada.
Lo menos reprochable es el soneto, que está hecho con esmero.

JOCOSAS.

EL SONETO.

¡Catorce versos! Mas está el primero;
Pasemos al *segundo*; no va malo:
El *tercero* Aquí es ella; mas lo igualo,
Y con el *cuarto* ya es cuarteto entero.

El *quinto* ¡qué primor! salió sin pero;
Sigue el *sexto*: bien si lo acabalo;
Al *sétimo* sin pena me resbalo,
Y me paso al *octavo* placentero.

Respiremos en fin: el *nueve* es este,
Tan fácil como el *diez*; y este terceto
Acabe el *once*, cueste lo que cueste.

¡Quién lo creyera! el *doce* está completo:
¿Y el *trece*? ¡Apolo su favor me preste!
El *catorce*, ¡oh placer! ya está el soneto.

LA RESPUESTA CONCISA.

—¡Hola!—¿Quién es?—Yo soy.—¿Qué manda usté?
—¿Don Basilio está en casa?—Señor, yo,
Esta mañana que se levantó
Le llevé chocolate á su mercé
—Bueno. ¿Mas está en casa, ó ya se fué?
—Como iba yo diciendo, lo tomó,
Y luego . . . —Mas, señora, ¿está ahí ó no?
—No, no era chocolate, era café
—¡Válgate Dios, señora! bien está
Que fuera lo que fuese; mas aquí
No se trata . . . —Señor, voy para allá
—Vaya, señora, diga usté.—¡Ah! sí:
Pues, señor, Don Basilio salió ya
—¡Qué lacónico hablar! Ya lo entendí.

LA VISITA DEL CURRUTACO.

Leyendo estaba yo cierta mañana
Y á casa entró cantando un caballero;
Prosiguió sin quitarse el gran sombrero,
E hízome con los piés la caravana.

¡Contradanza! gritó con voz insana:
Taran, taran, diciendo, y muy ligero
La bailó; luego un vals, luego el bolero,
Dando fin á sus brincos la jarana.

Véme el libro y exclama: ¡qué empanada!
¡Perder el tiempo con Horacio Flaco!
Su Eneida, *cher ami*, no vale nada.

¡Qué hermosa caja tengo de tabaco!
Dijo, y salióse al son de otra tonada.
Tal la visita fué del currutaco.

El primero de estos sonetos es una imitación del magnífico de Lope de Vega, el cual, según el juicio del Sr. Pimentel, que yo respeto, es superior al de Balmes y á otros de autores reputados.

EPIGRAMATICOS.

De estos copiaré algunos trozos para ver su mérito.

Cuando á la correa
Juegas con los linceos,
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Segun los que rabian
Porque somos libres,
Y que amarnos mucho
En público fingien,
Aunque allá á sus solas
El diente rechinen;

Muy mal va la patria,
 Afloje ó estire:
 Si la ensartas pierdes,
 Y si no, perdiste.
 Si despachan pronto
 Las cámaras, dicen:
 "Todo se atropella;
 Esa ley no sirve."
 Si espacio discuten:
 "¡Esto es insufrible!
 Jamás de este asunto
 Veremos los fines."
 Si la ensartas pierdes,
 Y si no, perdiste.
 Si activo el gobierno
 Averigua el crimen:
 "¡Adios libertades!
 ¿Quién seguro vive?"
 Si no lo averigua:
 "Somos infelices,
 Pues los criminales
 Ya no se persiguen."
 Si la ensartas pierdes,
 Y si no, perdiste.
 Si el juez cuando puede
 Acelera un lítés:
 "Las fórmulas huella;
 ¡Déspota terrible!"
 Y si lo retarda
 Por árduo y difícil:
 "¡Cielos, qué apatía!
 ¿Cómo ha de sufrirse?"
 Si la ensartas pierdes,
 Y si no, perdiste.

A la doncella de trece
 Que ya de novelas gusta,
 Y el Padre Parra la asusta
 Si la madre se lo ofrece;
 Y que si el chulo aparece
 Cortando allí la lectura,
 A cantarle se apresura
 Apasionados cantares,
 Dígole pares.

Al jóven ocioso y tuno
 Que mimado se educó,
 Y luego á estudiar lo envió
 Su padre en tiempo oportuno:
 Que al preceptor importuno
 Llama, y sin saber hablar
 Quiere en ciencia aprovechar
 Sin aprender las lecciones,
 Dígole nones, etc.

La mi Taía,
 Toda alegría,
 La voz levanta,
 Y pica y canta,
 Asaz burlona:
 ¡Mira qué mona!
 El currutaco,
 Que el aire y taco
 De pierna y talle
 Luce en la calle,
 Muy del gran tono:
 ¡Mira qué mono!
 La jovencita,
 Que de bonita
 Presume tanto,

Y un tierno canto
Lasciva entona:
Mira qué monal
El falderillo,
Que en el carrillo
Besa de su ama,
Y está en su cama
Cual en un trono:
¡Mira qué mono!
La currutaca,
Que los piés saca,
Y en el paseo
Dobla el meneo
De su persona:
¡Mira qué monal!

Del padre de una niña.

Juana á los toros llevó
A su hija, y mientras llegaban
Al circo, esta si mataban
A los toros, preguntó;
Y cuando oyó que la madre
"Sí los matan," le decia,
Exclamó ella: ¡ay madre mia!
¡Si matarán á mi padre!

De un marido.

¡Qué opípara está la mesa!
Gracias á aquel comerciante:
¡Qué liberal! me embelesa:
¡Este vino está arrogante!
¡Qué parco! y qué diferente
Fuera todo, Mariquita,
Si tú no fueras bonita
Y yo no fuera prudente.

De una dama.

A un paje nada dormido
Dijo, dándole un papel,
Cierta dama: vé con él
Y entrégalo á mi querido.
No era la primera vez
Que iba el paje, pues tomó
El papel, y preguntó:
Señora, ¿á cuál de los diez?

Aquí es donde se debe apreciar el talento de Ochoa. ¡Qué modo de decir! qué finura! qué facilidad! qué decencia! Átacar sin herir; hé ahí el epigrama comprendido. Sin palabras soeces, cual se acostumbra hoy, marcar un defecto, reprochar un vicio, se consigue el triunfo. Corregir por medio del ridículo sin entrar en el terreno vedado de las personalidades, es ver los sanos resultados de una buena idea, moralizar.

Esta es la causa de que Ochoa sea superior en este género á sus contemporáneos, y de que admirado por sus pósteros, ocupe el elevado puesto donde lo ha colocado la historia de nuestra literatura.

* * *

Ochoa fué superior á su época. Sus ideas avanzadas, su talento claro y fecundo, lo hacen digno de nuestros días. Su profesion en nada lo aleja de nosotros. Hombre humanitario y progresista, lo saludamos; poeta ilustre, lo bendecimos; compatriota, lo amamos.

FRANCISCO DE A. LERDO.